Paradojas

Ángel Sánchez-Rodríguez

Image not found.

Capítulo 1

Tambores de paz

Aquella mañana algo diferente se respiraba en el ambiente. La atmósfera había amanecido más limpia y clara que de costumbre, como con una especie de energía renovada. La bruma propia del despertar del día comenzaba a disiparse permitiendo distinguir al pequeño pueblo del resto de la ladera de la montaña. A pesar de no ser propio de aquella época del año, la energía del sol irradiaba exultante. Su luz empezaba a regar los hogares a través de las ventanas y sus sedientos habitantes corrían hacia ellas a recoger las abundantes gotas de esperanza que les llegaban. Las miradas de complicidad, todavía medio dormidas, empezaban a cruzarse ante la expectativa. Algunos ceños fruncidos desconfiaban pero eso no evitaba que las luciérnagas nadaran a sus anchas en los ojos de los habitantes del lugar.

Aquella mañana, por primera vez en más de dos años, el cielo no amanecía de color rojo sangre. No. Aquel alba despertaba vestida con un traje de intenso color de futuro y las tórtolas y los robles y los mirlos lo celebraban. En realidad, nada sabían con certeza, solo eran habladurías, pero todos anhelaban por igual la llegada de la noticia. Esa noticia que devolvería a los mozos del pueblo sanos y salvos a la cocina de sus padres, dónde podrían sentarse a la lumbre a descansar sus torturados pensamientos. Solo necesitaban una noticia, unas simples palabras, para poder volver a dormir tranquilos y no ser atravesados por el terror que supone la proximidad de lo inevitable cuando oían cualquier ruido extraño en mitad de la noche. ¡Triste condena la del tener que estar siempre alerta! Siempre pendientes del camino; del único camino que unía el pueblo con el mundo, con la constante amenaza. El mismo camino que trajo a los soldados y se llevó a sus hijos reclutados dos años atrás. Durante incontables mañanas aquel camino solo había prometido traer hambre y guadañas; pero aquella no. Aquella mañana, lo que prometía traer, eran tambores de paz.

Capítulo 2

El nexo al desnudo

La cena empezaba a ser recibida ligera por sus estómagos mientras las risas y las miradas cómplices acrecentaban la tensión. Las imágenes esporádicas de sus cuerpos desnudos que aparecían y desaparecían en sus imaginaciones, solo delatadas por el contoneo de sus pupilas, aderezaban la conversación. Imágenes provocadas por la curvatura que tomaban sus cuellos al ladear la cabeza para escucharse mutuamente y que a la vez les invitaba a besar, a lamer y a morder con los labios. Cada movimiento de sus cuerpos hacía que sus ropas acariciaran sus pieles, facilitando que la fusión se acercara. Acabó la cena y ambos se inclinaron sobre la mesa como si la cuerda que atara sus miradas se fuese acortando hasta que reconocieron el sabor del postre en la boca del otro. Flotaron hasta el sofá y de ahí a la cama. A cada paso su mundo común crecía mientras que las prendas de ropa fueron marcando la estela de su camino. Un cuerpo se tumbó boca arriba mientras el otro recorría cada palmo de piel; unas veces con las yemas de los dedos, otras con la lengua o los labios, y otras incluso con la nariz. Cada circuito exploraba su propia ruta y hacía sus propios descubrimientos: del cuello al obligo, del tobillo a la ingle o de un costado al otro; marcando trayectorias en línea recta, haciendo curvas, círculos y piruetas. La dirección que tomaban las caricias erráticas, aleatorias, imposibles de prever para aquel cuerpo que se arqueaba y entumecía, marcando los latidos acompasados de su cuerpo en forma de tensión y relajación, tensión y relajación. Cada milímetro era importante y cada rincón de carne empezaba a entenderlo y a asimilarlo abriendo sus poros y tensando su bello. Los latidos de sus cuerpos empezaron a coordinarse con sus respectivas respiraciones haciendo que el final de la inspiración de uno condujera al inicio de una excitada expiración en el otro. Empezaron a alinear sus bocas, mirar sus pechos y tocar sus nalgas para incrementar una tensión ya desbordada, aunque serena. Llegaron incluso a acostumbrarse a ella, recreándose en su punto más álgido mientras la acariciaban para que se mantuviera en la cima. Toda esa energía empezó a concentrarse con el vaivén hasta explotar y volverse a esparcirse por ambos cuerpos sin entender muy bien donde empieza uno y acaba el otro. En aquel momento la ilusión del individuo se perdió entre las sensaciones. Parte de aquel estremecimiento no fue de ninguno de los dos, sino de su intersección, de su vínculo. En ese instante nació y murió una parte de ellos que no les pertenecía, al menos no por separado; una parte que solo podía existir en la medida en la que era de los dos.

Capítulo 3

Al acecho

Tenía exactamente tres minutos y treinta y tres segundos para pensar lo que les diría antes de que vinieran a matarme. ¿Por dónde empezar? Podría abogar por su compasión, por su ternura; pero este tipo de gente las considera una debilidad y los débiles, según ellos, no deberían existir. ¡No! Eso les daría más argumentos para matarme en lugar de perdonarme. Debe de haber otra estrategia mejor, otra manera de hacerles entrar en razón. Mierda, ya solo me quedan dos minutos y medio. ¡Piensa, piensa! ¿Y ocultar el miedo? ¿Y afrontar su decisión con resignación y valentía levantando el mentón mientras les miro a los ojos sin temor cual final épico de película? Quizá así se apiaden. Pero… ¿Por qué me engaño? Aunque quisiera, no podría. Si ya se me está acelerando el corazón y me sudan las manos, cómo disimular el terror cuando lleguen en… ¿50 segundos sólo? ¡No puede ser! ¿Desde cuándo pasa el tiempo tan rápido? Necesito una solución. ¿Qué puedo decirles? Necesito alguna gran idea, algo que les quite de la cabeza las ganas de…

Capítulo 4

Las puertas de la libertad

Hay pájaros que creen que por vivir fuera de la jaula ya son libres. Nada más lejos de la realidad. El hecho de vivir dentro o fuera de la jaula no determina, en absoluto, su libertad ya que dicha situación es solo circunstancial. La libertad no es una cuestión de estado sino de posibilidad. Volar entre las nubes dejándose atravesar por los rayos del sol no es más que un espejismo de libertad cuando no existe otra posibilidad. Esa mal llamada libertad no es mucho más sólida que la sombra de un anhelo. Es, por el contrario, la situación en la que se encuentren las puertas de la jaula lo que la define realmente. El universo no es solo cóncavo, también es convexo, y si las puertas de la jaula están cerradas entonces tanto el pájaro que vive dentro como el que vive fuera están encerrados: Uno en la parte cóncava y el otro en la convexa del universo pero los dos están atrapados. Son solo las puertas abiertas las que nos hacen auténticamente libres. Por eso es por lo que la libertad tiene forma de puerta; porque ésta es el puente que separa el muro, al que nada le puede atravesar, del agujero en la pared al que todo lo atraviesa. Son las puertas las que definen la posibilidad de libertad.

Capítulo 5

Resistiendo a la tentación.

Cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada; pero las familias felices se parecen unas a otras. De hecho, hay quien dice que son idénticas, como gotas de lágrima. Hay quien incluso piensa que se van reproduciendo y avanzan conquistando el tejido social, como si de células cancerígenas se tratasen. Caminan por el mundo orgullosas de su casa, su coche, su jardín y su perro e intentan convencer a sus vecinos con una perpetua sonrisa en la cara. Les llaman a la puerta con una cesta con lacito entre las manos que contiene un poco de felicidad —es la versión de prueba. Si la prueban y les gusta tendrán que empezar a pagar la mensualidad para que les llegue regularmente a su puerta cada semana. Las familias infelices conocen la trampa y apagan la luz y bajan el volumen de la música cuando las sienten acercarse. Dejan de bailar y se quedan dentro de la casa muy calladas y muy quietas aguardando a que las familias felices se cansen y se marchen. No quieren ni acercarse a la tentación. Cuando por fin pasa el peligro se sientan en sus viejos sillones y se recrean en su infelicidad respirando profundamente